

Intervención de Pablo Casado

Jornadas “Españoles en Defensa de lo Común”

12 de septiembre de 2019



Hoy venimos a defender, celebrar y reivindicar lo que es común a todos los españoles. Lo que nos reconcilia. Lo que hace que podamos decir “nosotros” sin necesidad de mayores explicaciones.

Hoy es más urgente que nunca hacerlo, porque está en riesgo y porque somos responsables de que deje de estarlo. Los nacionalismos por un lado y las “políticas de identidad” por otro, están socavando la idea cívica, ilustrada de nación.

Es muy lamentable que parte de la izquierda haya hecho suyo, por convicción o por táctica, qué más da, lo esencial de esos discursos que polarizan y fragmentan la sociedad en vez de integrarla.

Y es paradójico que sea precisamente la izquierda, que nació para oponerse al feudalismo estamental, la que ahora formule visiones de la sociedad que la segmentan para sacar provecho del enfrentamiento entre etnias, sexos y grupos de renta, en definitiva, distintos. Buena parte de los dirigentes de la izquierda se han hecho reaccionarios.

Por eso hemos querido convocar un acto auténticamente transversal. Un acto plural, cívico, democrático y nacional.

Las democracias encuentran su cimiento en la lealtad nacional; la lealtad que se supone compartida por gobierno y oposición, por todos los partidos políticos y por el electorado en su conjunto. Allí donde la lealtad nacional se eclipsa, la democracia difícilmente puede arraigar. Porque sin lealtad nacional, la disputa entre partidos deviene desafío automático e irreconciliable; los desacuerdos políticos no crean ningún terreno común y se hace imposible la discusión.

Hasta para discutir hay que ponerse en un plano común. Es imposible jugar al ajedrez sin tablero, al fútbol sin campo, al tenis sin pista. Por lo mismo, es imposible hacer política democrática sin nación y por eso la Constitución se fundamenta en la unidad de la nación.

Es la lealtad nacional, eso que llamamos patriotismo, lo que permite la concordia sin necesidad de acuerdo: disentir sin enfrentamientos; construir instituciones más allá de colores partidistas; aceptar la alternancia sin temer a los ocupantes transitorios del poder, aunque no tengan nuestras ideas.

El patriotismo no tiene nada que ver ni con el miedo ni con el odio. Quiero reivindicar aquí el patriotismo que Simone Weil, militante de izquierda, resistente

francesa, llamaba “patriotismo por compasión”. Adaptando sus palabras, se definiría diciendo: “Podemos amar España por la gloria que parece garantizarle una existencia que viene desde muy lejos en el tiempo, en el tiempo y en el espacio. O podemos amarla como algo que, por ser terrestre, puede ser destruido y cuyo precio es por ello tanto más sensible”.

No defendemos un concepto esencialista de nación. Las esencias no necesitan defensa. Pero España no es una creación intemporal. Como toda sociedad organizada, es un resultado histórico y un proyecto de futuro. Los españoles han aparecido en el curso de los siglos y han creado a lo largo de la historia lazos de solidaridad entre ellos, al decidir sobre su destino.

España es una antigua Nación. Ha participado de modo destacado en la historia del mundo y ha contribuido como pocas a la expansión de la civilización occidental.

España es plural y se formó sobre la base de sucesivas incorporaciones que fueron conformando su ser nacional sin perder sus peculiaridades originarias. Esa pluralidad en la formación histórica de España, así como la diversidad de lenguas y tradiciones culturales, son, por tanto, elementos constitutivos de la propia unidad nacional española.

Los españoles de principios del siglo XXI somos herederos de un pasado que pervive en forma de posibilidad. Optamos siempre entre las posibilidades de cada momento y así somos agentes de nuestra historia y creadores de la libertad. Nuestra opción no depende de ningún fatalismo, sino de nuestra capacidad para sostener la libertad, de nuestra inteligencia para discernir entre las posibilidades y de nuestra voluntad para desear lo mejor.

Precisamente porque los españoles optaron, la nación española, realidad histórica, tiene además una definición constitucional. Es el sujeto de la soberanía; el titular del poder constituyente; el fundamento de la propia Constitución.

Y esto no son solo palabras. Esto es la Ley. Inviolable mientras queramos seguir siendo un pueblo libre, precisamente por ser la matriz de nuestros derechos y libertades. Y la ley obliga en la misma medida que protege. No se acepta a beneficio de inventario ni por capítulos. La Constitución no es papel mojado ni sus interpretaciones infinitas.

España no es un mero caparazón administrativo, ni una simple expresión geográfica, ni mucho menos un error histórico que toque corregir. Constituida como Estado nacional hace siglos, España es, desde 1978, una nación plural que se organiza políticamente, porque así lo ha querido, como Estado autonómico.

Nuestro modelo ha sufrido dos fuertes embates. El primero fue el de Ibarretxe, que fue derrotado por dos razones. Primera porque gracias a un Gobierno del PP, el Estado tuvo los instrumentos jurídicos para hacerle frente. En segundo lugar, porque la extraordinaria movilización social hizo que los dos grandes partidos de la democracia promovimos hizo poner a la defensiva al nacionalismo vasco.

El segundo fue el secesionista en Cataluña, que empezó con una declaración irresponsable “aprobaré lo que venga de Cataluña”, continuó con aprendices de brujo que cuando el proyecto estaba semihundido lo rescataron y terminó deslegitimando al Constitucional el propio Partido Socialista, desde el señor Montilla hasta el Sr. Sanchez.

Todo esto ha agudizado el debate sobre el modelo autonómico. Desde 2006 se viene hablando de “cierre del modelo”. El ‘principio dispositivo’ primero y luego, la potestad que se atribuían las Comunidades Autónomas de reformar indefinidamente sus Estatutos de Autonomía en sentido expansivo, cuando no abiertamente inconstitucional, lo cual nos podía abocar a un modelo permanentemente abierto.

El ‘principio dispositivo’ no podía servir de pretexto para mantener imprecisa la configuración del Estado. Eso equivalía a mantener el ciclo de las reivindicaciones soberanistas abierto a perpetuidad: los políticos que construyen identidades sobre heridas están condenados a mantenerlas siempre abiertas.

Desde el año 2010 la cuestión hay que darla por zanjada. La referida Sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatuto de Cataluña trazó los límites del Estado autonómico. Tras ella, no puede sostenerse que el reparto de competencias permanezca abierto o indeterminado, por mucho que algunos nos arrojen el recurso que planteamos y que fue el que originó esa sentencia.

La Constitución sí tiene límites materiales infranqueables si queremos permanecer dentro del modelo autonómico. Los que afirman su ilimitada plasticidad lo hacen pensando en su liquidación para dar lugar a otra cosa: a la autodeterminación, a un Estado confederal o directamente, a la ruptura.

Defendemos el modelo constitucional interpretado de conformidad con quien tiene autoridad para hacerlo, el Tribunal Constitucional, porque una nación de ciudadanos libres e iguales es una construcción política éticamente superior a una nación conformada por yuxtaposición de identidades homogéneas e impenetrables.

En el interior de la nación cívica no debe ser exigible la homogeneidad cultural, étnica o lingüística. No cabe un nacionalismo español opuesto a diversos nacionalismos periféricos porque España no necesita ‘construirse’ como nación: ya lo es.

El principal factor de cohesión nacional consiste en la aceptación de un legado histórico asumido en su activo y en su pasivo y en la proyección hacia el futuro identificando metas comunes: un proyecto nacional.

Esta es nuestra idea de España. Y esto es, justamente, lo que hoy se quiere poner en riesgo. No se trata únicamente de evitar la secesión de un territorio. Se trata de impedir la definitiva desnacionalización de España. Impedir su desarticulación nacional. Se trata de impedir que, para satisfacer el atavismo de unos pocos, nos arrebaten la ciudadanía de todos.

Esto es lo que nos jugamos y para lo que necesitamos sumar todas las voluntades que así lo piensan y así lo sienten.

A partir de 2004 la izquierda en su conjunto quiso dejar de sentirse solidaria con una generación que había protagonizado, desde sus filas, la Transición y el Proceso Constituyente. Decidió echarse en brazos de quienes patrocinaban las narrativas más radicales sobre esa historia y cortejar a las opciones nacionalistas como nuevos socios “constituyentes”. Se puso en marcha un proceso de deterioro galopante. Las consecuencias, hoy, están a la vista de todos. No estamos ante un proceso espontáneo, estamos ante las consecuencias de un impulso político que es necesario encauzar.

Asistimos al ataque combinado contra todo lo que, precisamente, ha contribuido al éxito de la España contemporánea. La Transición, la concordia, la Ley de amnistía, la Constitución, la definición de España como nación plural, el modelo autonómico. Todo lo que ha alejado a España de la violencia y la polarización.

No es raro que quienes tratan de romper nuestra convivencia ataquen a una de las piezas que la ha hecho posible, la monarquía. Más que nunca en estos

tiempos de incertidumbre se pone de manifiesto el papel estabilizador con el que desempeña su tarea. En estos últimos meses ha demostrado una vez más la responsabilidad con la que ejerce su tarea, una responsabilidad que a otros les falta.

Queridos amigos

No es la Constitución el problema. Los forcejeos extremistas que buscan erosionarla le rinden el mejor homenaje. Se abrillanta por contraste. Pero no se defiende sola. La libertad tampoco. La convivencia nacional tampoco.

La democracia política no es un don que viene del cielo. Es una planta delicada que necesita cultivo y exige a veces limitaciones voluntarias y sacrificios a sus custodios.

El Partido Popular, como instrumento al servicio de los españoles, está dispuesto a sumar a este proyecto a todos los que así lo entiendan. Por eso estamos aquí y por eso espero contar con mucha más gente que se sume a este proyecto de reivindicación nacional

Muchas gracias.